

belleza, y que por lo tanto merecía ser tratada con muchísimo mas cuidado.

Supo, pues, disimular sus deseos y se mostró con ella tierno, prudente, discreto, porque conocia demasiado que ella no hubiera ni comprendido ni tolerado audacia alguna. Gracias á esta habilidad, ella no desconfió ni de él, ni de sí propia, y dejóle poco á poco apoderarse de su existencia, mas desde entonces se perdió. Mientras que en sus entrevistas, Vandelle, dirigia miradas oblicuas y profundas sobre Ester, admirando aquella belleza, original, esquisita y carnal á la vez, saboreando á distancia aquellos labios rojos, gruesos, voluptuosos, intentando, con ayuda de su imaginacion, penetrar en misterios encantadores, hacer caer los velos que le estorbaban, y construir con el pensamiento una Vénus espléndida, conmovida y palpitante; mientras que aprovechaba las menores ocasiones para aproximarse á su ídolo, respirar el aroma de sus cabellos, aspirar su mismo aliento, llegando de este modo á desearla ardientemente, Ester, por su parte se enamoraba de él, de modo muy distinto. Demasiado pura para adivinarle, para concebir la mas pequeña idea acerca de sus aspiraciones, para poder hacer una distincion entre el amor y el deseo, sentíase dominada por aquellos miramientos, aquel cuidado, aquella discreta ternura, aquel religioso respeto. Hallábase sujeta al encanto de un carácter fino, desenvuelto, apto para todas las transformaciones, dispuesto á sostener toda clase de tésis, hasta las de mayor moralidad, aguijoneado por la ambicion de ser bien quisto, y triunfar. No veia ella mas que á él en ese gran París donde era una estrangera, sin familia y sin amigos. Únicamente con él podia hablar de la adorada madre que acababa de perder; solo él la comprendia, él solo lloraba con ella, y... un dia, sin darse cuenta de ello, le amó honesta, castamente, con todo su corazon!

IX.

¿Debia este amor por precision arrojarla en los brazos de Vandelle? No. El que uno se halle al borde del precipicio no quiere decir que necesariamente haya de caer en él. La educacion, en primer lugar; despues un invencible amor propio, y algunas veces la religion, preservan á ciertas mujeres de caer en faltas irremediables. Otras, sin principios sólidos, tienen en sí mismas una fuerza natural de resistencia; complácense en sostener luchas heróicas, se agarran fuertemente á su virtud, y gracias á desesperados esfuerzos, no sucumben nunca. Finalmente, las que se hallan dotadas de un temperamento frio, guiadas siempre por su razon, triunfan de todos los peligros. Tanto en unas como en otras, el alma salva siempre al cuerpo.

Pero Ester no podia formar parte de estas mujeres privilegiadas: bajo la tutela de una madre de cascos ligeros, y que la adoraba hasta la debilidad, mas bien cuidada habia sido su instruccion que su educacion. Su imaginacion de las mas vivas, habíase exaltado en una vida errante, caprichosa, llena de acontecimientos imprevistos, de febriles agitaciones, de sueños peligrosos, atormentada en el presente, inquieta en lo porvenir, en medio de una atmósfera turbada. Además, Ester era portuguesa, y las mujeres de su país, cuyos antepasados colonizaron el Brasil, tienen algo de sangre india en sus venas; su temperamento se resiente de su origen tropical, casi ecuatorial. Ya hemos hablado de las escentricidades de Ester Sandraz; sus locas carreras á caballo, sus estrañísimos baños de mar, sus ascensiones peligrosas; todo indicaba desde dicha época, necesidades de dispendio corporal, una naturaleza fogosa, fuerzas latentes que era preciso combatir. Inconsciente de las exigencias de su naturaleza, tenia cuenta de ellas por mero instinto,

y triunfaba por fatigas excesivas. Pero estas victorias conseguidas sobre la materia, no son mas que pasajeras; tarde ó temprano reclama sus derechos, mas imperiosamente que nunca, y Ester se encontraba cada vez mas impotente para vencerla. Su amor hácia Vandelle la habia ablandado algun tanto, robándole su primitiva actividad, dándole la afición al hogar, á los diálogos á solas, á los enervamientos enfermizos. Mientras su corazón permaneció libre, sus sentidos durmieron, ó si llegaron á hablar, ella no comprendió su lenguaje: en cuanto su corazón se esclavizó, todos sus ardores se despertaron y la luz se hizo. Desde entonces quedaba sujeta al dominio de Vandelle, desarmada moral y físicamente para luchar con él. Dos fuerzas se hallaban una enfrente de otra: la material, únicamente que procedía de Vandelle; la de Ester mas ideal, pero que acababa de materializarse. Una corriente eléctrica establecióse entre ambas, y á consecuencia de un choque, surgió una chispa!

X.

Ester no habia puesto condicion alguna, ni exigido ninguna promesa. ¿Podia admitir su caída? Ráfagas ardientes habian atravesado sus rostros, habíanse cambiado sonrisas apasionadas; dos miradas habíanse fundido en una sola, dos manos se habian apretado en un solo estremecimiento, dos bocas se habian mezclado en un solo beso. La victoria del uno, la derrota de la otra, inscritas ya en lo porvenir, debíanse desde aquel dia al azar.

Además, ¿qué hubiera ella podido pedir á Vandelle? ¿Que se casara con ella? ¿Podia, acaso, poner en duda sus proyectos? ¿No era él libre lo mismo que ella? ¿No la habia hasta entonces rodeado de su respeto y su ternura? ¿No se habia presen-

tado en su casa, en otro tiempo, en vida de su madre, pidiendo con suspiros la honra de ser su prometido? Huérfana, sin protector alguno, dejaba por eso de ser menos respetable á sus ojos? ¿No sabia que ella pertenecía á buena familia, noble y de un pasado irreprochable? ¿Sus escentricidades, que el mundo se habia complacido en exagerar, debian por ventura serle reprochadas por un parisien como Vandelle, habituado á mayores estrañezas? Por otra parte, el tiempo de las locuras habia ya pasado para no volver: la existencia de Ester era tan sencilla, tan silenciosa, como ruidosa y agitada lo habia sido algun tiempo. Vivía en reclusion en su casa de la calle de Séze donde habia muerto su madre; no recibía en ella mas que á Enrique Vandelle, únicamente salía con él, siempre velada, misteriosa siempre, para que sus relaciones no fuesen ni sospechadas si quiera.

Esta reclusion, esta existencia oculta, no podian durar mucho. Vandelle aguardaba evidentemente para casarse con Ester á que esta fuese olvidada por el mundo parisien; deseaba crearle una existencia sino de apariencias lujosas, al menos tranquila y reposada; deseaba, sobre todo, que su padre, uno de los mas ricos fabricantes del mediodía, propietario en la Alta Garona cerca de Montrejeau, de canteras de mármol y de pizarra, que él mismo explotaba, no opusiera obstáculo alguno á su matrimonio y se considerase feliz con llamar hija suya á Ester.

Pero M. Vandelle habia muerto hacia seis meses y su aquiescencia era acaso inútil: por otra parte París incensaba cada dia nuevos ídolos, sin acordarse ya de la bella portuguesa, á quien un tiempo idolatró. Todas las causas de demora, para la union de ambos amantes, habian, pues, desaparecido y Ester, que movida por un sentimiento de delicadeza, creía no deber dar ninguna prisa, esperaba, sin embargo con cierta impaciencia, que él, único hombre á quien habia amado; el escogido entre todos, le diese en la sociedad la posicion á que podia pretender,

disipando las tinieblas que la rodeaban, y permitiéndole vivir, no como en otro tiempo, entre la multitud y el ruido, en pleno torbellino—ya no estaba por esto—sino á la luz, en pleno día.

El momento tan apetecido parecia haber llegado al fin. Enrique Vandelle acababa de hacer un viaje á la Alta-Garona; un viaje de quince días que evidentemente habia tenido por objeto poner en órden sus asuntos y prepararlo todo para su casamiento. A su regreso, habia enviado á Ester, preciosas alhajas, que solo podian considerarse como un regalo de boda. Y finalmente, aquel banquete de despedida á la vida de soltero, la declaración hecha á los postres, todo indicaba haber llegado al término de una union ilegal, y que á amores ardientes, pero misteriosos, iban á suceder nuevos amores, tan apasionados como aquellos, pero legítimos al cabo.

XI.

Las dulces meditaciones á que Ester Sandraz se entregaba, en el cuartito donde la dejamos, fueron pronto interrumpidas por el ruido de una puerta, y varias voces.

Levantóse vivamente y dirigióse á descorrer el cerrojo de la puerta. Inútil era parlamentar: habia reconocido, en la voz, al amo de la casa.

—Dispénsame, querida Ester, si te he hecho esperar, dijo Vandelle al entrar, pero habia ido á tu casa; esta es mi mejor excusa. ¿Por qué has venido esta noche? Confieso que no esperaba.....

—Lo creo, repuso ella sonriendo, y si hubiera supuesto que tenias convidados, cree que me hubiera guardado muy bien... Pero en casa me fastidiaba, temí no verte, estaba triste, y vine..... Una vez aquí, aunque nuestro nido se hallaba ocupado, no he querido marcharme: yo nunca me vuelvo atrás!

Hablando de este modo, se quitó una gran mantilla española, que siempre llevaba, y apareció soberbia, con los hombros desnudos, en traje de sociedad, y adornada con alhajas del mejor gusto.

—¿A dónde vás? ¿De dónde vienes? le preguntó Vandelle, sorprendido de verla en aquel traje.

—De ninguna parte, y tampoco voy á ningun sitio.

—Entonces, solo por mí.....

—No, dijo entonces ella mirándole con profunda ternura, mientras que sonreian su labios; es un capricho. Te he dicho que me fastidiaba. Me he embellecido para distraerme. Me he adornado como una diosa, con todos los regalos que tú me has hecho. Era una de tantas maneras de pensar en tí. Despues, viéndome tan magnífica, no he querido desperdiciar mi tocado, y he venido á dedicártelo! ¿Te sabe mal?

Contemplábala él, encontrándola aquella noche mas deslumbradora, mas hechicera que nunca. Fué á acercarse á ella, pero Ester le detuvo, exclamando:

—Ten cuidado. Tus amigos se hallan detrás de esa puerta.

—Voy á despedirles, replicó Enrique vivamente.

—Mas tarde, respondió ella sonriendo; siéntate y hablemos. Obedeció Enrique, sentándose á su lado.

Permaneció ella algunos instantes en silencio, y despues acercándose mas á él, le preguntó en voz baja:

—¿Me sigues queriendo mucho?

—¡Si te quiero!

Pretendió abrazarla, pero ella rechazándole dulcemente, añadió:

—Entonces, si tanto me quieres, ¿por qué guardas secretos conmigo?

—¿Secretos? exclamó él palideciendo.

Pero ella no debió notar turbacion semejante, porque prosiguió diciendo:

—Sí, secretos; parece ser que este señorito se casa, y todo el mundo lo sabe, excepto yo!

—¡Ester!

Inclinó ella lánguidamente su cabeza sobre el hombro de Vandelle, y murmuró estas palabras:

—¿A qué aguardabas para darme esa sorpresa?

—¿Y quién te ha dicho..... respondió él, balbuceando.

Hubiera entonces querido marcharse, no tener al lado á mujer tan encantadora. Pero ella habíale cogido las manos, se estrechaba, contra su pecho y decíale con voz lenta, con ese acento lánguido de las mujeres de su país:

—¿Me hallo, acaso, mal enterada? ¿Ese banquete que hoy has dado no es el de despedida á esas locas orgías, de las que, como bien sabes, nunca he tenido celos? Para mí, amor es sinónimo de confianza ¿No te lo he probado, por ventura, Enrique, desde el día en que fiándome á tu honor, me entregué completamente á tí, renunciando á mi existencia social, demasiado ruidosa, para consagrarte todos mis momentos, mi vida toda?

Poco á poco, Vandelle habia conseguido desprenderse y huir de ella. Primeramente habia hecho un movimiento hácia atrás, para que falta de apoyo en su hombro, se viese ella obligada á levantar la cabeza. Despues, y con el fin de no ser rozado por su contacto, de no aspirar los voluptuosos perfumes que hasta él llegaban, de no ser envuelto por su magnética mirada, de no ver aquella boca deliciosa, aquellos labios húmedos, aquellos hombros admirables que se mostraban en toda su desnudez, habíase levantado, y aproximándose á la chimenea, entregóse detalladamente á la tarea de liar un cigarrillo.

—¿Qué tienes? repuso ella admirada. Parece que estás contrariado. ¡Ah! Ya comprendo. ¿Querías tú darme la noticia sorprendiéndome! Pues bien; hazte cuenta que no sé nada. ¡Dímelo todo! ¿Has resuelto ya las dificultades que á nuestro matrimonio se oponían? ¿Ese era el secreto del viaje que acabas de

hacer, de esa terrible ausencia de quince días, durante los cuales solo una vez me has escrito? No, no te riño por ello..... ya sabes que nunca te he reñido, ya lo sabes!

Antes de terminar estas palabras Ester habia abandonado su asiento, y acercándose á él, poniéndosele delante, cogiéndole ambas manos, apoyando su pecho contra el de su amante, y mirándole con fijeza, añadió:

—¿Cuándo nos casamos?

—¡Nunca! exclamó él, sin apartar esta vez su mirada de la de Ester.

—¿Qué estás diciendo?

—Sí! decididamente, te amo demasiado para casarme contigo!

Intentó dicho esto, atraerla hácia sí y extinguir su frase en un beso.

Pero ella se resistió, diciendo:

—Vamos, hablemos con formalidad; te lo ruego!

—Hablo formalmente, repuso Vandelle con una voz que trataba de hacer segura, pero que temblaba á pesar suyo ¿No sabes que el matrimonio es la tumba del amor? Pues bien, yo no estoy cansado de amarte, Ester mia; yo quiero adorarte mientras dure mi vida!

Ester se separó de su lado, diciendo:

—Vaya, veo que me castigas, por haber venido cuando no me esperabas; por haber adivinado los proyectos que tú mismo deseabas descubrirme..... culpa tengo, no lo niego..... Adios, te dejo con tus amigos, y aguardaré resignada la hora de tus confidencias.

Tomó, despues de dichas estas palabras, la mantilla, del sitio adonde la habia dejado, é iba á ponérsela para marcharse cuando de repente Vandelle se acercó á ella, la cogió por el brazo, y clavándola, por decirlo así en el sitio en que se encontraba, le dijo con acento breve:

—Quédate, puesto que ya estás aquí.
Y añadió, despues de una ligera pausa:
—¡Lo mismo dá hoy que mañana!
—¡Con qué tono lo dices! exclamó ella asustada. ¿Qué ocurre?
Habla, habla, por Dios!
—¡Con una condicion!
—¿Y es?
—Que has de escucharme con calma hasta que acabe.
—¿Con calma? Sea. Comienza.
Ester habia rehuido su abrazo, y separándose de él otra vez, se sentó en el ancho sofá, apoyó los codos en las rodillas, la cabeza en las manos, y quedóse mirándole fijamente.

XII.

Enrique Vandelle habia vuelto á ocupar su sitio ante la chimenea, y encendiendo un cigarrillo, para ocultar algun tanto su emocion, comenzó á decir:

—Ester adorada: ¿acaso tú has tomado el matrimonio en serio? ¿Impórtasete algo de la opinion, de las preocupaciones, de las necias convenciones de la sociedad?

Ella no respondió: siempre sentada, contentábase con fijar en él miradas de estupefaccion.

—No me has dicho tú misma mil veces, continuó diciendo Enrique, cada vez mas turbado por el silencio de ella que solo una cosa verdadera existe en el mundo, y es el amor?

—¿Y qué? respondió ella secamente.

—Pues bien, hay otra, que nunca me habia preocupado, por que la creia asegurada: la fortuna.

—La fortuna..... verdad es..... no pensaba en ello... ¿Y qué?

—Que mi padre, al morir, ha dejado sus asuntos en un des-

orden maldito..... y si se realiza la liquidacion, si la fábrica se vende, estoy arruinado!

—Por lo tanto.....

—Por lo tanto se me ha ofrecido un medio para salvarlo todo. El mayor accionista, el principal acreedor de la fábrica es una jóven soltera, cuyo padre murió algunos meses antes que el mio. Su tutor es un amigo de mi familia.....

—¿Y te la ha ofrecido en matrimonio? repuso Ester con voz tranquila.

--Sí.

—¿Y qué has respondido?

—¡He aceptado!

Ester se levantó de un salto, y poniéndose á su lado, ¡exclamó:

—¡Eso no es verdad! ¡Mientes! ¿Puede ser posible? ¿Acaso no estamos íntimamente unidos por toda la vida? ¿Por ventura, no me perteneces como yo te pertenezco? ¿Quién podria desunirnos? ¡Ah! tú has querido probarme; has intentado saber si soy capaz de dudar de tí! Nó, no dudo, Enrique; creo en tu amor, como tú crees en el mio! ¡Casarte, tú, con otra mujer que no sea yo! ¡Oh! Preciso seria antes romper los lazos que nos unen, borrar de nuestros corazones los recuerdos que á ambos nos encadenan. ¡Casarte con otra mujer, tú! ¡Eso es querer mi muerte! ¡Querer la tuya tambien! ¡Sí, nuestra muerte! ¡Crees acaso poder vivir sin mí! Una sola vez lo intentaste, al principio de nuestras relaciones..... Tenias miedo á enamorarte demasiado de mí, decias, y te alejaste..... ¡Ah! cuán pronto volviste arrepentido y martirizado..... ¿Y yo? ¿Podria vivir sin tí? ¡Solo la idea me da frio!... Dime, dime que nadie puede separarnos, dí que me amas!

—¡Oh, si, te adoro! exclamó Enrique estrechándola entre sus brazos, cubriendo de besos su frente, sus cabellos, sin saber lo que hacia, olvidando las palabras que acababa de pronunciar,

no acordándose mas que de una cosa, no viendo mas que una cosa; que ella estaba allí, á su lado palpitante, enamorada, magnífica!

XIII.

—¡Casarte con otra! continuaba diciendo Ester, ya tranquila! ¡Vaya una idea chistosa! ¡Desgraciada de ella! ¡La compadece-ria, y de tí tambien tendria lástima! ¿Crees que os dejaria gozar en paz de vuestra dicha? ¡Vuestras francesas pueden inmolarse de este modo, pero en mi nacion la venganza sucede al delito!

Al decir estas palabras, se alejó de nuevo del lado de Enrique, y como éste no se hallaba ya bajo su inmediata influencia, armóse de valor nuevamente, y resolvió, ya que habia comenzado, acabar de una vez, salir al cabo de situacion tan dolorosa.

—Para pensar en la venganza, dijo, debes primero estar celosa; ¿y cómo lo has de estar de una mujer á quien no puedo amar?

Detúvose, y añadió en voz mas baja, porque conocia la enormidad de lo que iba á decir:

—El matrimonio de que te he hablado no es mas que un negocio.

—Vamos, basta de broma, dijo ella con impaciencia. Ya te lo he dicho antes. Hablemos con formalidad.

—Con formalidad estoy hablando, repuso Vandelle, resueltamente.

—Ester mia, es desgraciadamente cierto: ¡me caso!

—¡Cómo!

—Me veo obligado á casarme. Pero esto no es una razon para perderte. Nunca cesaré de velar por tí, nunca cesaré de amarte. Quiero tambien asegurar para siempre tu porvenir; que te halles al abrigo de la miseria; y desde mañana.....

Ester saltó de nuevo hácia Vandelle.

—¡Con que era cierto! exclamó. ¡No mentias, miserable!

—¡Ester!

—¡Sí, miserable, miserable, miserable! No le basta con venderme de ese modo! ¡Ha de insultarme! ¡Me ofrece dinero! ¡Le he pedido yo á V. nunca alguna cosa! ¿He vivido del dinero de V? ¿Soy por ventura una mujer que se vende? ¡He creído en tu honor, en tu amor! ¡Me he fiado en la lealtad de un francés! Créame noblemente unida al hombre que eligió mi corazon..... Decíame él que esperase y esperaba..... simplemente, sin queja alguna, del mismo modo que á él me habia entregado; tan segura de él, como de mí propia. ¿No me habia V. dicho, si ó no, que yo era la mujer elegida por su corazon, su esposa ante Dios, y que llegaria á serlo ante los hombres? ¿He cesado de ser digna de ese amor, de ser digna de tu aprecio?

Vandelle á su vez guardaba profundo silencio. ¿Qué podia responder? ¿Qué se hubiera atrevido á contestar?

—¡Estos son los hombres, continuó ella, pálida, agitada, febril: esta es la vida..... esta es el alma, el corazon, la lealtad de aquel á quien confié mi honor! Has firmado ya el contrato de ese matrimonio, me has sacrificado, me has vendido, y tienes el valor, la audacia, en tan infame venta, de ofrecerme una parte, á mí ¡á Ester Sandraz!

Él no la escuchaba ya, la miraba solamente. Nunca la habia encontrado tan bella: recorria Ester la habitacion á grandes pasos y todo su cuerpo se agitaba, su talle oscilaba, sus caderas ondulaban voluptuosamente.

Luego se detuvo, plantándose altiva ante él: y él deslizó sus miradas sobre sus hombros soberbios; sintió el contacto de su seno palpitante, se impregnó de todos sus perfumes.

—¡Qué bella eres! murmuró fuera de sí.

—Ah, cállate, cállate, exclamó alejándose; me haces enrojecer de vergüenza. Tú nunca has visto en mí, tú no ves en mí ahora, mas que un instrumento de placer. Y yo que pensaba,

yo que soñaba... ¡Ah! ¡Los miserables! ¡Los cobardes! ¡Y yo me he entregado á este hombre! ¡Y hasta hoy he creído en su amor! ¡Su amor! ¡Soy bella! ¡Esto es todo! ¡Y me ofrece dinero! ¡Hace bien! ¿Soy acaso para él otra cosa que la prostituta del arroyo que antes de conocerme pagaba para que escitase sus sentidos?

—Pégame, destrózame, mátame, decia él devorándola con los ojos; no por eso dejarás de ser mas adorable todavía.

—¡Cobarde! repetia ella sin alejarse: tu adoracion no llega á inspirarte el valor de afrontar la miseria, de resignarte al trabajo! Ni el valor siquiera has tenido de desafiar mi resistencia, de venir á decirme cara á cara:—Esto es lo que pienso hacer! Has firmado ese contrato furtivamente, á escape, lejos de mí; ¡me has herido cobardemente, sin prevenirme! ¡Ah! te desprecio... y hay otra persona á quien desprecio mas todavía que á tí mismo; á mí propia!

XIV.

De pronto, se oyeron golpes en la puerta del cuarto, que comunicaba con el salon. Y al mismo tiempo, una voz gritaba por el ojo de la llave:

—Vandelle, Vandelle, ábrenos, ya sabemos que estás ahí, que te hallas encerrado con una mujer; esto ni es justo, ni cortés; somos tus comensales; no tienes el derecho de abandonarnos.

Otra de aquellas mujeres, daba al propio tiempo golpes acompasados en la puerta, é imitando la voz grave de un comisario de policia en el ejercicio de sus funciones, exclamaba:

—¡Abrid en nombre de la ley!

—No abriré, respondia Vandelle.

—¿Y por qué no ha de abrir V., dijo resueltamente Ester Sandraz. ¿Por qué no han de entrar esas señoras? ¿Porque

estoy aquí? No soy ya de su clase? ¿No soy como ellas?

Y rechazando violentamente á Vandelle que intentó detenerla corrió á la puerta, descorrió el cerrojo y abriendo dijo:

—Entren Vds. señoras, yo se lo ruego!

XV.

Todas aquellas mujeres se precipitaron en el gabinete, así que la puerta se abrió. Pero al apercibir á Ester se detuvieron. Habian comprendido que no se hallaban en presencia de una mujer de su clase. La palidez, la actitud de Vandelle, los esfuerzos que parecia hacer inútilmente Ester Sandraz para recobrar su sangre fria, el temblor nervioso que la agitaba, los relámpagos que lanzaban sus ojos, les decian tambien que acababan de presentarse en pleno drama, que presenciaban una situacion de las mas violentas. Y finalmente, la deslumbradora belleza de Ester las imponia: á pesar de su amor propio femenino y la confianza que en sus propios encantos tenian, á los cuales tantos habian rendido homenaje, sentianse inferiores, avasalladas ante aquella espléndida estrangera.

Ester, lejos de hacerles comprender la distancia que de ellas la separaba, habia resuelto por el contrario, ponerse á su nivel, derribar todas las barreras materiales y morales que entre ellas se oponian.

De pié, apoyada en la chimenea, alta la cabeza, y mirándolas fijamente, les dijo con acento breve:

—Señoras, debo pedirlos que me disimuleis. El criado de M. Vandelle habia creído deber cerrar la puerta de este gabinete, poner un obstáculo entre nosotras, relegaros al salon, impedirnos entrar aquí! ¿Por qué? No os hallais en casa de M. Vandelle con iguales títulos que yo? ¿Debe existir línea de demarcacion